

TAYLOR S.

*Sweet
Disposition*



Sinopsis

Con dos maletas,

Un par de ojos castaños,

Y un corazón roto que era disfrazado con su dulce carisma.

Fue capaz de robarme el corazón.

Prólogo

New Britain, verano de 1863

Sus ojos castaños arrebatadores se mostraron inseguros entre un mar de personas que lo único que deseaban eran devorarla como lobos hambrientos en busca de una nueva presa, sin embargo, ella no parecía tan inocente como sus ojos trataban de mostrar, había algo en ella que la hacía diferente a todas las chicas del pueblo.

De seguro, aquello tenía que ver con la dulce disposición que imponía solo con su sonrisa.

Ella

Con dos maletas, un par de ojos castaños y un bebé en brazos llegó una chica a la vieja estación de trenes del pueblo.

Nadie sabía de dónde venía ni porqué se encontraba sin compañía, ya que ella llegó como una suave brisa en uno de los veranos más abrasadores de la historia de New Britain.

Su caminar seguro que denotaba una elegancia que no era compatible con un pueblo que apenas vivían trescientas personas, era contrastado con un viejo vestido azul que de a poco estaba perdiendo su color a algo entre blanco y grisáceo.

No obstante, aquello no le quitaba la gallardía que sus cabellos castaños le imponían y esos rasgos que no eran originarios de Europa, eso era seguro.

Ella era un misterio, sin embargo, no tardó en ser acechada por la curiosidad colectiva de un pueblo que nunca recibía nuevos ciudadanos.

Pero lo único que pudieron sacarle o al menos eso era lo poco que se comentaba de la chica, era su nombre.

Caitlyn Connor se hacía nombrar y su nombre al igual que ella era como una mar de secretos y desconcierto.

Verano

Los veranos en este pueblo eran quizás los más aburridos de toda Inglaterra.

El calor que te hacía querer desear estar en el agua las veinticuatro horas del día durante los tres meses que duraba, esto era lo más característico del verano y no sólo eso causaba el calor en las personas.

Según las malas lenguas, el calor también era capaz de liberar pasiones secretas y hacer que las personas caigan en situaciones que solo eran causadas por el delirio que provocaba el sol sofocante de cada mañana y tarde en New Britain.

El verano llevaba casi un mes marcando los calendarios de todas las personas del pueblo, cuando tuve la oportunidad de conocer a la chica que estaba en la boca de todos y a la vez era un secreto susurrado.

Todos hablaban de ella y a la vez nadie sabía de ella.

Cientos de rumores habían llegado a mis oídos sobre la procedencia de la chica, sin embargo, ninguno estaba confirmado y solo se mezclaban con los otros miles que se difundía de cualquier persona que viviera en un pueblo pequeño.

Tal vez fue casualidad la que hizo que ella apareciera aquella tarde soleada en mi tienda de telas o tal vez fue solo el hecho de que la chica estaba bastante desesperada por conseguir un trabajo y nadie se lo daría sin al menos saber todos los secretos que la chica llevaba a sus espaldas.

No obstante, casualidad o no.

Caitlin Connor se presentó ante mis ojos como la chica con los ojos más deslumbrantes que jamás haya visto en mi vida.

Empleo

No era fácil conseguir un empleo en este pueblo y menos si se trataba de una chica.

Lo sabía a la perfección, porque poner aquella tienda de telas me había costado sudor, tiempo y ganarme el respeto de un pueblo que no veía a las mujeres como algo más que una carne en el taburete de una carnicería.

Las chicas solo eran caras bonitas y delicadas que debían ser guardadas en la casa como si fueran muñecas de porcelana a punto de ser destruidas.

Pero, Caitlin no parecía de aquellas chicas y con eso me hizo ganar un poco de confianza y aceptar conversar con ella por el empleo disponible que tenía en mi tienda.

Llevaba puesto un vestido verde que en el faldón se podía ver cómo el falso estaba desgastado haciendo que éste no se abriera despampanante como debía hacerlo, no obstante, al parecer era el vestido más decente que tenía en su guardarropa ya que si no fuera por aquel detalle, cualquiera pensaría que provenía de las casas de alta costura que existían en París.

Sin embargo, el vestido no era lo que me llamaba la atención de ella sino la seguridad con la que entró a la tienda sin necesidad de una presentación y con paso seguro se acercó a mí para preguntarme si aún necesitaba una asistente.

—Vengo por el cartel que tiene en la ventana, ¿aún necesita a una asistente?—me preguntó segura en cada palabra, mientras entre sus brazos llevaba el mismo bebé que todo el mundo rumoreaba de debía tener una extraña procedencia.

Era un pequeño de tal vez dos meses que era arropado con una manta blanca y tenía el cabello crespo creciendo del mismo color castaño que lo tenía Caitlin, pero él no se parecía a la chica.

Mientras que Caitlin mostraba una piel tostada por el sol, el pequeño no tenía ningún rastro que denotara que fuera hijo de la castaña.

—Aún no consigo a nadie —comenté sin darle mucha importancia a lo que decía.

Ella sonrió con una sonrisa tan grande que pareció iluminar en segundos

los reducidos diez metros de mi local.

—¿Cómo te llamas? —pregunté como sino fuera la noticia del pueblo su llegada.

La castaña miró al bebé que tenía entre sus brazos antes de contestarme, al parecer su inseguridad se hacía presente por unos períodos breves de tiempo en dónde veía al bebé.

—Caitlin, Caitlin Connor—dijo con un tono tan dulce que no podía creer que una chica me estuviera hablando, sonaba como un ángel.

Ella volvió a ganarse mi confianza, pero ésta vez lo hizo con su carisma. Con su dulce carisma.

Secretos

Tal vez fue una decisión un poco precipitada contratar a aquella castaña, ya que con solo ver sus manos uno podía inferir que jamás había trabajado en toda su vida.

Rasgo que confirmé cuándo me afirmó que no sabía coser ni tampoco planchar, que era lo que más necesitaba en una asistente para mi local. Sin embargo, decidí darle la oportunidad porque se notaba muy desesperada por tener algo de dinero y no era cristiano dejar a una madre con un bebé en aquellas situaciones.

Pero a pesar de toda las dificultades que mostraba Caitlin hacia ciertos trabajos, ella mostraba una extraordinaria habilidad en otros como lo era elegir telas, combinarlas en un vestido y crear obras que jamás saldrían de mi imaginación.

En menos de una semana me di cuenta que aquella chica —que era solo un par de centímetros más pequeña que yo—, tenía un don en la moda que siempre era contrastado con lo gastadas que estaban sus vestimentas.

—¿Dónde te hospedas Caitlin? —le pregunté a la semana que llevaba conmigo.

No quería parecer una intrusa como todas las personas del pueblo y una semana era bastante tiempo para poder seguir más allá con los tres datos que sabía de su vida.

Ella me miró de reojo mientras se encontraba alisando una tela roja con la dificultad que le ponía utilizar una plancha, no tardó en carraspear y dejar la plancha a un lado para contestarme.

—En el hostel que queda al final de esta calle, Señora Davies —me respondió haciendo que frunciera el ceño por lo de señora.

—Te he dicho que puedes llamarme Lauren.

Ella no dijo nada sobre ello y el silencio nos invadió por unos minutos hasta que el llanto del bebé hizo que Caitlin volviera al mundo real y se dirigiera hacia la silla dónde él estaba.

Siempre lo traía al trabajo, porque no tenía dónde más dejarlo, aunque a mí no me molestaba y era un bebé bastante tranquilo que solo lloraba cuándo

era debido como cuándo tenía hambre o necesitaba un cambio. No obstante, ella nunca hablaba sobre el bebé ni sobre ningún rasgo de su vida.

Parecía que todo lo que provenía de aquella castaña eran secretos sin revelar.

—¿Cómo se llama? —pregunté curiosa mientras ella envolvía al pequeño entre sus brazos calmando su llanto, al parecer él solo necesitaba atención de su madre.

La castaña me miró con aquellos ojos que se mostraban preocupados cada segundo que pasaba aquí como si el miedo la acechara sin razón alguna.

—Nathaniel —respondió algo dudosa de si debía hacerlo o no.

Yo asentí ante aquella respuesta, ya que era un nombre bastante curioso y poco común en estos tiempos.

—Por su padre supongo —dije con una sonrisa tratando de ser amable con ella y se relajara.

Ella chasqueó la lengua y volvió a mirar al bebé.

—No lo sé —suspiró y yo fruncí el ceño ante lo poco de sentido que tenía aquella respuesta, Caitlin no tardó en darse cuenta de aquel detalle y trató de enmendar lo que había dicho—. Es decir, no, no es por su padre —confirmó con una sonrisa ladeada—. Siempre me gustó el nombre—finalizó mientras devolvía al bebé a la silla porque se había quedado dormido y ella volvió a la tarea que estaba haciendo hace unos minutos.

A pesar de que ella parecía sumergida en su mundo, yo no pude dejar de verla.

Cientos de secretos se enredaban en ella y sabía que algún día aquellos secretos iban a tirar para asfixiarla y salir de la prisión en dónde los había condenado.

Princesa

No había día en que no escuchara un nuevo rumor sobre Caitlin, sin embargo, al parecer a ella le importaba poco o nada aquel detalle y se mostraba puntual todos los días en mi negocio sin prestar atención a los cientos de rumores que salían cada mañana de lenguas afiladas que solo deseaban alimentarse de la destrucción que podía causar a través de esos rumores.

Yo trataba de hacer oídos sordos a aquellos rumores, no obstante, con dos semanas trabajando aquí, Caitlin se había vuelto en una persona aún más misteriosa y desencadenaba en mí un sinfín de preguntas que jamás eran respondidas.

Cualquiera aseguraría que aquella castaña era una persona tímida, pero yo veía más allá de aquella máscara que había adquirido para que le dejaran en paz a ella y a los secretos que la envolvían con una manta de enigmas que de seguro la debían perseguir hasta en el momento dónde la noche se hacía presente y ya podía irse a dormir, porque con cada pregunta que le hacía ella trataba de ser lo más cortante posible, sin irse a los detalles, solo dando las respuestas que todos querían escuchar.

Pero, a pesar de todas esas intrigas que nacían con ella, no había nadie en el pueblo que no asegurara que era muy guapa.

Demasiado para estar soltera.

Comenzando por sus ojos castaños que tomaban el protagonismo de la obra de arte que era ella, escondidos en un mar de secretos; aquellos ojos se mostraban tímidos ante el mundo pero a la vez sabían la posición elevada que se encontraban, era como si esos ojos quisieran ocultarse ante lo común que era su color, pero no podían, porque eran deslumbrantes.

Especialmente cuándo adquirían cierto brillo e intensidad que a mis 24 años jamás había visto.

Luego estaban esas ondas castañas que podían compararse con las olas del mar por lo hermosas y desafiantes que eran, ella jamás se tomaba el cabello ni lo oprimía, siempre lo mostraba salvaje, largo e inhóspito.

Creo que de cierta forma lo hacía, para que una parte de ella representara

como se sentía en su interior.

Si seguíamos bajando en su delgado y delicado cuerpo que a pesar de ser oculto entre vestidos viejos amorfos, hacían que sus caderas no quedaban atrás dando un espectáculo digno de ver, sus pechos pequeños que apenas eran denotados por los escotes de los vestidos se mostraban imponentes a pesar de todo y una linda sonrisa que a veces se imponía en su rostro, hacían que Caitlin pasase de un mar de secretos a ser casi una princesa perdida entre medio de la muchedumbre.

Una princesa digna de admirar.

Marcada

Casi tres semanas me costó que Caitlin realizara su trabajo tal cuál a mi me gustaba.

La verdad es que mi paciencia siempre había sido limitada y si hubiera sido cualquier otra persona, su despido se hubiera presentado la primera tarde que compartimos, sin embargo, había algo en aquella castaña que me hacía darle una oportunidad.

Muchos dirían que era lástima, pero estaba segura que en este caso, aquello no tenía razón de ser.

Tal vez era el hecho que desde hace mucho tiempo al fin tenía compañía, aunque fuera de una manera más callada de lo que las personas podrían pensar.

No obstante, a pesar de que Caitlin trabajaba como una sombra acallada por dios sabe que, me había acostumbrado a tenerla aquí casi todo el día trabajando a mi lado.

Todo el mundo rumoraba la locura que era haberla contratado como asistente, pero yo dudaba que la cordura hubiera estado presente alguna vez en mi vida.

—¿Qué opinas Caitlin? —le pregunté sobre uno de los diseños que trataba de terminar hace un par de días pero nunca lograba convencerme del todo.

Ella alzó la vista hacia el dibujo como sino entendiera a que venía mi pregunta, sin embargo, yo sabía todo el potencial que había detrás de ella, me lo había mostrado por casualidad cientos de veces.

—Creo que le falta algo, pero no sé que es —respondí dejando el modelo sobre la mesa dónde ella se encontraba separando telas.

Caitlin lo tomó y comenzó a verlo mientras buscaba su aprobación hasta que finalmente me lo devolvió.

—Creo —carraspeó algo indecisa y yo le tomé la máxima atención posible a lo que decía—. Que se vería mejor en un tono pastel que uno tan oscuro como es el magenta, el bordado dorado que quiere incluirle quedará mejor en un color como el de aquí —respondió mientras me mostraba una

tela color lavanda chillón.

Sonreí ante su respuesta porque era exactamente lo que buscaba en ella.

—Pero, es muy bonito el modelo —finalizó mientras yo no dejaba de apreciarla.

¿De dónde había salido aquella chica? era lo único que mi mente se preguntaba una y otra vez.

—Supongo que para no haber trabajado nunca en tu vida, sabes mucho de moda —contesté tratando de que mis ojos absorbieran cada gesto que ella ponía.

Caitlin puso una sonrisa ladeada mientras acomodaba un mechón rebelde que se salió de su lugar, al ponérselo detrás de su oreja noté que en su muñeca llevaba un triángulo invertido, lo llevaba como si fuera una marca y ella se dio cuenta de aquello porque rápidamente apartó su brazo de mi vista dejando que sus ojos se encargaran de ocultar aquel error.

—Es una marca bastante particular —dije tratando de ser lo menos invasiva posible, pero fallé en el mismo momento en que Caitlin se puso a la defensiva.

—Es de nacimiento —se limitó a decirme sin ni siquiera mirarme, pero yo sabía que esa marca no podía ser de nacimiento.

Pecado

El verano de a poco estaba siendo opacado por tardes más frescas y que de vez en cuando ocurriera una lluvia capaz de arrebatarse el protagonismo que mostraba cada año en estas fechas.

Y como el verano, Caitlin había dejado de ser el centro de las conversaciones de todos los días, aunque aún habían días en que volvía a surgir uno que otro rumor.

Sinceramente todos ya estaban acostumbrados a ver a la castaña —de la habitación que aún seguía arrendando en aquel hostel de mala muerte—, caminar todas las mañanas a mi local y salir de ahí cuando la noche ya se había erigido sobre nuestras cabezas.

Rara vez se la veía en algún otro rincón del pueblo y cuando lo hacía eran para ir al mercado o por compras necesarias, sin embargo, aún en esos momentos, ella no dejaba aquel celibato profundo que invadían a sus labios y a todo su ser.

A decir verdad, es que para tener diecinueves veranos, era tan callada como si de un alma vieja o atormentada se tratase. Apenas salía y el silencio parecía ser uno de sus votos más característicos, porque de aquellos labios tan finos y rojizos no salían más que respuestas que apenas duraban segundos antes de que volvieran a tomar tu estado favorito de secretismo profundo.

No obstante, aún así su belleza no se debilitaba sino que llegaba a convertirse en su propia marca personal.

No me hubiera sorprendido que aquellos ojos castaños hubieran sido capaces de enloquecer a la mitad del pueblo en los casi dos meses que Caitlin llevaba entre nosotros y que entre ellos hubiera hecho pecar a más de alguno con su presencia.

Sus labios que parecían un santuario sin profanación se mostraban salvajes a la vista de todos aunque ella no lo quisiese aceptar. Aquella mirada que a gritos pedía mostrar inocencia y el celibato que la rodeaba, solo la delataban más frente a la vista de cualquier escéptico.

Y aunque todos vieran el pecado en sus ojos solo por los misterios que encubrían a aquella castaña, yo estaba segura que su rechazo no era por eso,

sino porque ella sabía mejor que nadie que podía hacer pecar a cualquiera solo con una cándida sonrisa de sus labios.

Pueblo

Vivir en un pueblo pequeño tenía cientos de desventajas.

Pero, también tenía una gran ventaja que era la rutina.

Te acostumbrabas a toparte con las mismas personas en la calle y que las conversaciones generalmente eran sobre lo mismo de siempre. También tomabas cierto cariño hacia el poco margen de error que se producía cuando todos los días realizabas las mismas acciones a la hora que conocías a la perfección.

Aunque aquello tuviera la gran contra de quitarle aquellos colores que los jóvenes buscaban en la vida, creo que para personas solitarias como Caitlin y yo, esos colores no eran lo suficientemente intensos como para atraernos hacia grandes ciudades.

Habían pasado ya casi dos meses desde que Caitlin había entrado por aquella puerta, sin embargo, ella seguía mostrándose como una sacerdotisa en su propio templo con sus votos a flor de piel.

Todo seguía igual, excepto el hecho que de a poco el miedo y la preocupación estaba dejando de pisarle los talones a aquella castaña y de a poco dejaba de ser un espíritu acompañándome cada tarde y comenzaba a mostrarse más humana.

Pero para ser sincera no sabía si aquello era mejor o peor.

Ya que de a poco estaba comenzando a sacarme suspiros que no debían existir y con ellos desenterraba viejos sentimientos que creía bajo tierra hace tanto tiempo atrás.

—No sueles salir mucho, ¿cierto? —comenté mientras ponía una taza de té al frente de ella y con una sonrisa me agradeció aquel gesto.

Se estaba volviendo tan cotidiano aquello que me costaba admitir que me estaba convirtiendo en una adicta a sus sonrisas.

—No es mi prioridad —dijo mientras con una mano tomaba la taza y en la otra tenía sostenido al ya no tan pequeño bebé que pronto cumpliría cinco meses según me lo había afirmado Caitlin—. Solo somos Nathan y yo —una tierna sonrisa apareció entre sus labios cargada de inocencia y amor que me hizo sacar una a mí siendo que llevaba meses sin hacerlo—. Tú tampoco

sueles salir mucho —recalcó y yo asentí, porque realmente ya me había acostumbrado a tener solo mi sombra como compañía.

—¿Por qué escogiste este pueblo Caitlin? —le pregunté sin ataduras.

Aquella pregunta resonaba en mi cabeza desde la primera vez que la había visto. Nadie escogería como primera opción este pueblo a menos que fuera un alma en busca de redención y estaba casi segura que ese no podía ser el caso de Caitlin o al menos eso creía.

Ella suspiró y cuando pensé que ya no obtendría respuesta, la confianza que estaba comenzando a ganarme en aquella morena salió a flote.

—Porque quería alejarme de todos mis demonios —aseguró y yo la miré extrañada.

¿Qué tipos de demonio podían perseguir a alguien que con suerte hablaba?.

—Necesitábamos un lugar dónde recomenzar y llegamos al final de la línea del tren que era aquí —dijo con aquellos ojos castaños destellando un brillo único.

—Agradezco que haya sido así —respondí tomando un poco del café que aún quedaba en mi taza.

Caitlin sonrió tímidamente a aquello.

—Yo también lo hago —contestó sin más.

Iglesia

Las iglesias nunca habían sido mi lugar favorito para pasar una mañana de domingo, sin embargo, me había acostumbrado a hacerlo luego de 24 años en donde no tenía otra opción más que hacerlo.

Todas las personas del pueblo sin excepción se reunían los domingos para disfrutar la misa semanal que daba el padre John, un señor de edad avanzada sin cabellera presente y que estoy segura que él era tan pecador como todos los que nos encontrábamos reunidos esta mañana.

La misa comenzaba puntualmente a las ocho de la mañana, no obstante, era normal ver a las personas desde una hora antes dando vueltas en la iglesia para poder conseguir los asientos de más adelante, como si aquel acto les ofreciera el paraíso que tanto se nombraba en la biblia o fuera capaz de quitar todos los pecados a los que eran sumergidos las personas de este pueblo.

Yo solo miraba silenciosamente como la hipocresía aumentaba en este tipo de lugares y prefería quedarme en las últimas filas sin llamar la atención de nadie.

No necesitaba más de la que ya tenía todos los días.

A pesar de que las personas me tenían cierto respeto por el hecho de ser la única con un local de vestidos en cientos de kilómetros a la rotonda, aún quedaba el vestigio de mi pasado adolescente en la mente de todos y aunque me negara de que aquellos recuerdos seguían latentes en mí, eso era solo una mentira, porque de a poco habían comenzado a resurgir especialmente cuando estaba cerca de Caitlin.

Y me odiaba por no ser tan fuerte y luchar contra aquellos impulsos de una vida pasada.

La misa duró la hora que debía ser y me sorprendió no ver a Caitlin en ningún momento, nunca la había visto llegar a ninguna de las misas.

Al parecer ella tenía más valentía que muchas personas que como yo odiaban reunirse un domingo en la mañana, pero les daba miedo no hacerlo.

Al terminar mi momento menos favorito del día, comencé a caminar hacia mi local para abrirlo como todas las mañanas del domingo, pero me sorprendí al ver que éste ya estaba abierto y qué al entrar me encontrara con

aquella castaña intentando dar unas puntadas al nuevo vestido que teníamos que entregar en un par de días.

—Buenos días —dije sorprendida de verla tan temprano aquí.

Ella estaba tan concentrada con su trabajo que ni siquiera me miró y hasta Nathan se dio cuenta de mi presencia porque comenzó a balbucear al verme como se había acostumbrado a hacer desde hace un par de semanas.

—¿Qué haces? —le pregunté intrigada al ver cómo su mano se movía con una sincronía en las puntadas.

Para nunca haber cosido en su vida antes de llegar aquí, Caitlin lo hacía bastante bien, ella tenía una habilidad para aprender rápidamente las cosas, lo cuál era un punto más a favor de los miles que ya tenía acumulado en el camino.

Finalmente ella terminó con la última puntada para que los bordes blancos de aquel vestido estuvieran bien sujetos y alzó la vista para verme.

—Lo siento, es que no podía dejar de pensar que se vería mejor con estos bordes —comentó dejando su trabajo sobre la mesa y yo asentí tratando de entender que estaba pasando.

—No has ido a misa —respondí asegurándome que los bordes estuvieran cosidos con la perfección que requerían.

Caitlin asintió y se paró de la silla para tomar a Nathan quién estaba comenzando a desesperarse por no tener la atención de nadie.

—No suelo ir —se limitó a decir—. Lo siento por venir sin pedir permiso antes —negué con la cabeza por aquello, ya que podía venir cuando quisiera por algo le había pasado una llave, confiaba con total seguridad que ella no haría nada malo.

—Está bien Caitlin, puedes venir cuando quieras, solo que no quiero que seas siempre la comidilla del pueblo —ella no dijo nada por unos segundos hasta que finalmente resopló ante mi comentario.

—Siempre van a tener algo de lo que hablar —fue lo único que dijo con una sonrisa que mostraba la poca importancia que tenía en ella el hecho de que hablaran sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

Definitivamente ella era una persona tan particular que estaba ganando toda mi atención.

Alex

Al verano le quedaban aún algunos días para seguir en pie, pero el calor ya estaba dejando de ser un problema y solo se mostraba con timidez a través de tardes casi nubladas que eran más otoñales que de verano.

Sin embargo, en mi pequeño local aún podía sentirse el calor infernal que invadía el lugar por estar lleno de telas en un reducido espacio de diez metros.

Siempre me había quejado de lo pequeño que era, no obstante, recién ahora podía ser consciente de que necesitaba agrandarlo debido a todo el trabajo que tenía pendiente y que debía contratar a alguien más que Caitlin para poder abarcar todos los pedidos.

A pesar de ser un pueblo pequeño y que por obvias razones no todos los días las chicas necesitaban un vestido nuevo, los pedidos estaban comenzando a acumularse desde que aquella castaña estaba trabajando aquí.

Sus diseños y el toque que tenía para combinar colores nos estaba dando una fama que no tenían desde que Alex trabajaba aquí.

—¿Caitlin has terminado con la tela que te pasé? —le pregunté desde mi escritorio mientras me ideaba como terminar con el vestido azul que me habían pedido hace una semana por un baile que se iba a realizar en un par de días en el pueblo.

Tenía serios problemas con el escote y algunos trazos que le habían salido mal a Caitlin pero que no había querido reclamarle, porque al final del día, ella solo llevaba pocos meses aprendiendo a coser mientras yo llevaba toda la vida en ello.

Mi madre también se había dedicado a este mundo y aunque yo no lo deseaba a los cinco años, ella no dudó en enseñármelo con la excusa de que iba a ser necesario cuando me consiguiera un esposo. No obstante, ella no sabía que inconscientemente había desatado una obsesión que hasta ahora no podía ser controlada.

Caitlin no tardó en aparecer con las tiras de tela verde que le había pedido que recortara y tuviera lista para coserlas en el vestido. Sonreí al ver cómo la chica castaña que había aparecido en mi local al principio del verano casi ya

no existía y daba paso a una hermosa flor.

No solo su imagen era más confiada y segura sobre el mundo, también demostraba estar en una mejor posición porque sus vestidos comenzaban a tener más producciones que estoy segura que ella mismo le había incorporado.

Caitlin había florecido de ser un pequeño capullo a una hermosa mariposa que se posaba entre las flores más hermosas de cualquier jardín.

Todos hablaban de cómo aquella chica desconocida, podía ser así de hermosa como si el tiempo solo se encargara de amoldar más aquella imagen que de seguro había sido bendecida por Afrodita. No había día en que no escuchara cómo algunos deseaban profanar aquellos labios rojos y cientos de deseos de cosas imposibles nacían a través de aquella castaña.

Y no los culpaba de ello, debido a que ya me era común tener pensamientos inapropiados con ella, pensamientos que no tenían lógica alguna pero que solo dejaba en mi subconsciente y en mis largas noches reflexionando con mi almohada.

—¿Puedo preguntarte algo, Lauren? —me sorprendí al escuchar aquello.

Era la primera vez que ella me preguntaba algo, siempre solía ser yo la que la abordaba de preguntas que en su mayoría eran contestadas con un par de palabras sueltas. Así que dejé lo que estaba haciendo y mis ojos chocaron en aquel remolino achocolatado que eran los suyos.

—Dime —respondí mientras Caitlin dudaba si hacerlo o no—. Prometo no comerte por una mala pregunta —contesté entre risas y esto desencadenó una de las sonrisas más hermosas que he podido apreciar.

—¿Por qué nunca estás en tu casa?, ¿no tienes a nadie esperándote? —me preguntó con aquel tono tan dulce que siempre le salía cuando no lograba entender algo.

Una sonrisa ladeada apareció en mi rostro frente a sus preguntas y eso me hizo recordar que ella era nueva y qué a diferencia de todas las personas del pueblo, ella no conocía mi pasado.

—Me gusta estar aquí, siempre me ha relajado estar entre telas —contesté tratando de encontrar las palabras para aquello—. Y no, no tengo a nadie esperándome en casa, estoy acostumbrada a la soledad —finalicé sin sentir nada en aquellas palabras, sin embargo, Caitlin no pareció convencida ante aquello y retomó las preguntas.

—¿No estás casada? —me preguntó impresionada y yo reí por ello, porque aquel comentario venía de una chica que tenía a un bebé de extraña

procedencia, no obstante, le di la respuesta que ella deseaba escuchar, ya que al final de todo, confiaba en aquella castaña.

—Lo estuve por un par de años, pero él murió de neumonía hace casi un año —respondí recordando como casi nunca solía hacer a mi difunto esposo.

La impresión de Caitlin no daba para más y sabía que aquella respuesta iba a desencadenar una lluvia de preguntas que no podría evitar, porque yo también lo había hecho con ella hace tiempo atrás.

—Lo siento —dijo con cierta tristeza y yo negué con la cabeza, porque realmente no me importaba.

Ya me había acostumbrado a aquello al igual que todas las cosas que sucedían en mi vida. Aunque la compañía de Alex a veces me llamaba a gritos, debido a que él también había sido un amante de la confección y por ello él confeccionaba trajes mientras yo me encargaba de los vestidos.

Sinceramente podía vivir con ello y no me afectaba cómo se suponía que debía ser.

Tal vez era por el hecho de que en un pasado remoto, casarme a los 16 con un hombre que era veinte años mayor que yo, no estaba entre mis planes y que lo había hecho obligada.

—¿Cómo se llamaba? —me preguntó nuevamente y ésta vez salió un suspiro de mis labios.

—Alex, nos casamos cuando tenía 16 —no sé porque nació aquella necesidad de aclararle aquello, pero ya era muy tarde para arrepentirme de lo que había dicho.

—¿Lo querías?.

—Al principio solo deseaba estar muerta antes de casarme con alguien como él, ya que era mucho mayor que yo, no obstante, con el tiempo me acostumbré a su presencia —Caitlin me miraba con incompreensión y sabía que eso solo iba a sacar más preguntas de su mente.

—¿Lo querías? —volvió a repetir como sino estuviera convencida de lo que le había dicho y yo tampoco lo hacía.

La verdad es que Alex no era un mal hombre, había sabido soportarme como podía dar la paciencia de un hombre, a pesar de que a veces era violento por el hecho de que no era recíproca con él, pero nuestra obsesión nos había juntado y había hecho que al menos nos soportáramos que era mucho más de lo que la mayoría de las parejas casadas llegan a hacer.

—No —dije con inseguridad, ya que sabía que jamás lo había hecho—. Pero la persona que se llevó mi corazón no podía tener un futuro conmigo —

finalicé mientras intentaba que las lágrimas no se adueñaran de mi estado de ánimo.

Ella había abierto una herida que pensaba había cerrado aquel día de diciembre en dónde con un tímido sí, acepté que mi vida dejara de tener los colores con los cuáles había soñado tantas veces.

Vivir

El baile estaba a solo una semana de distancia y los vestidos de gala se acumulaban en los percheros del local como una lluvia de telas de colores se mostraban organizados aquellos vestidos que esperaban con entusiasmo poder ser estrenados.

Las chicas no dejaban de llegar a todo momento para interrumpir nuestro trabajo y pedirnos los vestidos para poder probárselos o para llevárselos finalmente a sus casas para que el vestido esperara con su dueña al lado.

Pero la emoción no sólo se veía en la tienda sino que lo hacía en cualquier rincón de New Britain como si aquel baile fuera capaz de envolver a todo el pueblo de una sábana de celebración.

Nunca había entendido el significado de aquel baile, no obstante, había ido a él incontables veces antes de casarme y sabía la emoción que envolvía a cada chica joven del pueblo, ya que era una oportunidad perfecta para conocer chicos y posibles pretendientes.

Yo también había tenido aquella ilusión en un tiempo lejano, la cuál fue rápidamente disipada al año después de mi casamiento donde iba con Alex y ya no era aquella adolescente con cientos de sueños de salir de este pueblo y aventurarme al mundo.

Londres estuvo en mi mente por años, las calles parisinas me llamaban a gritos y Milán era un sueño en vida, sin embargo, todos esos planes se desdibujaron con el paso del tiempo y el choque contra la realidad que era darme cuenta que estaba aprisionada en un matrimonio que no deseaba, con alguien que no amaba y con el cuál no pensaba ser recíproca.

Creo que ese fue el momento de mi vida dónde pude decir que estaba viva, dónde luché por seguir mis ideales y no los que todo el mundo esperaba de mí.

No obstante, en algún momento simplemente desfallecí en el piso, después de tantos sueños rotos, palabras falsas y golpes que iban y venían de mi vida.

Como una rosa en el invierno, solo me dejé llevar por la fría tempestad que azotó por tantos años mis sentidos, pero en los últimos meses me he dado

cuenta que aquel invierno estaba cambiando de página y de a poco le estaba dando una nueva oportunidad a la primavera para aparecer en mi vida.

Sin embargo, el problema de ello estaba en el hecho de que había vivido tanto tiempo en gélidas nevadas que ahora tenía miedo de derretirme frente a los tímidos rayos del sol sobre mi piel.

No obstante, mi corazón pedía a gritos que le diera una oportunidad confiada a que la primavera no me dañaría y creo que ya era hora que dejara hablar a mi corazón y no a mi cerebro.

Quería comenzar a vivir y sabía que aquella idea solo había nacido por su presencia en mi vida.

Mentiras

Cientos de mentiras son las que he tratado de arropar en mi vida.

Como mentirme de que tus sonrisas no son el mayor deleite visual que he tenido.

También está aquella mentira susurrada a mi corazón de que tú no eres capaz de provocar cientos de problemas en mi mente.

Pero las mentiras no son solo sentimientos.

Una mentira está en el falso aire que respiro.

En llenar mi cabeza de ideas que no son compatibles con la realidad.

Las mentiras se apoderan de mi piel, tratando de darme una falsa vida,

Pero, las mentiras solo cubren aquel pedazo de vida que aún me queda y no quiero mostrar.

Porque la verdad es que solo contigo siento que mi vida vuelve a tener sentido.

Una verdad a medias, es que has dejado marcado mi corazón por siempre.

Y una verdad absoluta es que robaste mi corazón con tu dulce disposición.

Alegoría A La Primavera

Mi corazón latía como nunca mientras que mi mente abarcaba miles de deseos que nunca serían cumplidos.

Mi mirada estaba fija en su rostro apacible, en sus suaves ojos castaños que eran combinados con una perfecta sonrisa, sin embargo, mi corazón no miraba hacia aquel rostro tan conocido, sino que lo hacía una vista ciega hacia lo que se encontraba más allá en aquella castaña.

Mientras mis deseos me arrastraban a perderme en la dulzura de sus pequeñas montañas que eran cubiertas por la nieve de su corpiño y el vaivén de sus caderas se mezclaban con la música imaginaria que ella como ninfa del bosque había creado en una perfecta primavera.

Sinfonía De Un Corazón Destrozado

Las noche se vuelven mi única protección frente a la batalla que me ofrecen todos los días mis sentimientos.

Sentimientos ocultos que tal cuál bestias quieren devorar mi lado infeliz y darle paso a la primavera anunciada que ha deseado mi corazón destrozado desde aquel invierno en dónde se lo llevó todo.

Mis lágrimas atormentadas piden redención frente aquellas bestias, sin embargo, éstas no perdonan y no tardan en quitar rápidamente los vestigios que quedaba de mi alma rota.

Mis miedos ruegan piedad ante aquella sangrienta guerra que se realiza en mi corazón y que es combatida en el frente por la memoria de aquella pelirroja que alguna vez fue capaz de robar lo único que ocupaba mi pecho.

Pero, el delicado retrato de aquella castaña está ganando cada batalla que se le presente como la guerrera más grande en los temas del amor.

Mi ser solo se regocija ante la idea de que aquello no sea el himno de una guerra perdida sino más bien la sinfonía de un corazón destrozado que vuelve a nacer.

Condenada

El día tan esperado por todo el mundo había llegado y yo me encontraba cerrando el local después de la semana más estresante que había tenido en mucho tiempo.

A pesar de que le había dado la tarde libre a Caitlin, ya que pensaba que le gustaría al menos saber algo del baile.

Ella hizo caso omiso y se quedó hasta ahora, cuando se encontraba dando de comer a Nathan, quien no se separaba del pezón de la castaña mientras ella lo miraba con la dulzura que siempre la invadía al tener aquel pequeño cuerpo sobre su pecho.

Aquello era una escena digna de cualquier pintor del renacimiento que demostraba el amor maternal a flor de piel.

Tardé varios minutos en volver a mí después de aquella escena, Caitlin no dijo nada a como la estaba espiando a través de mis miradas confusas y tímidas, sin embargo, sabía que la estaba incomodando de sobremanera así que decidí dejar de mirarla y tratar de que mis pensamientos se alejaran de cualquier cosa que tuviera que ver con ella.

Fallé en el intento.

—¿Por qué no fuiste al baile? —le pregunté mientras guardaba las agujas en la caja que tenía a mi derecha.

Caitlin no dijo nada porque estaba ocupada sacándole los gases a Nathan, no obstante, pude notar como no entendía a que iba mi pregunta.

—Todo el pueblo irá —proseguí finalmente.

—No todo el mundo —contestó sin darle importancia—. Tú estás aquí —dijo riendo lo cuál me sacó una sonrisa—, además no tengo con quién dejar a Nathan si me interesara ir, lo cuál se aleja totalmente de la realidad —finalizó mientras yo no dejaba de verla a ella.

—Por lo que he podido notar, no eres muy fanática de las personas —confirmé haciendo inventario.

Caitlin por su parte solo suspiró a ello y noté cómo sus ojos castaños rápidamente perdían aquel brillo que de a poco estaba comenzando a ser cotidiano.

—Si lo fuera me hubiera quedado en Londres —se limitó a decir mientras yo la veía sorprendida por aquella respuesta.

Era la primera vez que ella hablaba de algo tan personal sin que yo se lo preguntara, pero más me sorprendió el hecho de que no hubo ningún temor al decírmelo solo hubo nostalgia al decirlo como si le doliera decirlo.

—¿Vivías en Londres? —pregunté aún aturdida por ello.

Caitlin asintió.

—Toda mi vida —confirmó y aquello no lo hacía más real.

No me podía imaginar a aquella castaña tan callada entre las calles londinenses dónde todo era envuelto en ruido y las personas tratando de vivir su vida de una forma más rápida que la hacían en un pueblo dónde el tiempo parecía detenerse cada cierto tiempo.

—¿Por qué te mudaste a un pueblo como éste teniendo a Londres? —pregunté sin encontrarle lógica a aquello, sin embargo, ella se atrevió a sonreír al recordar la razón.

—Si crees que los demonios solo se encuentran en los pueblos pequeños , debo decirte que estás equivocada —contestó con la seguridad que cada cierto tiempo la invadía—. No me arrepiento de haberme ido, Lauren —dijo sin más mientras se levantaba de su silla para ver la manta de Nathan y cobijarlo entre sus brazos.

Londres siempre había sido mi sueño, las grandes industrias eran pintadas en mis sueños como lo más maravilloso que mis ojos podían alcanzar alguna vez.

No obstante, de la forma en que le dolía a Caitlin hablar sobre ello, me hizo sentir que tal vez aquello era solo un sueño infantil de una chica que no conocía nada más allá que este pueblo y por primera vez, aquella castaña no era la imagen viva de una niña indefensa sino de una mujer que había tenido que luchar por un pasado que seguramente aún le pisaba los talones.

—¿No te costó irte? —ella me miró perpleja por aquella pregunta y yo tampoco pude creer lo que le estaba preguntado, se tomó unos segundos para pensar lo que me iba a contestar, sin embargo, no me esperaba esa respuesta.

—Lo único que deseaba era irme de aquel infierno —respondió mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos como si fueran pequeñas lluvias esperando desencadenarse frente a un cielo nublado—. Londres me quitó cualquier esperanza de vida que alguna vez tendré.

Aunque ella no notó aquel movimiento fugaz que hizo, yo pude notar cómo en una tímida mirada vio aquella marca que posaba en su brazo como

un secreto a voces.

Ese fue el momento en que las lágrimas comenzaron a caer como rocíos en medio de una mañana sin rayos de sol, aquellas gotas de agua que caían como cascadas estaban abrigadas de sentimientos que solo ella conocía, de miles de secretos que nadie más conocía y que la atormentaban como a cualquier ser humano.

Su mirada triste y perdida se perdía entre la noche estrellada y las miles de telas que veían aquel espectáculo, mientras que yo no sabía qué hacer o qué decir para acallar aquellos remordimientos que la condenaban a vivir una sentencia sin precedentes.

Mi corazón sintió aquella pena y pidió a gritos que solo yo podía escuchar que calmase aquella tempestad que estaba viviendo Caitlin, así que sin ser dueña de mis actos me acerqué lo suficiente a la morena para ofrecerle regocijo frente a sus pecados en mis brazos.

Pero, este mismo acto hizo que su boca fuera profanada sin pudor por mis labios desesperados por acallar cualquier sentimiento que no correspondiera a los que yo veía en ella.

Con aquello estaba firmando mi condena frente a una batalla que no podía librar.

Mis sentimientos habían ganado por segunda vez, sin embargo, solo esperaba que ésta vez, la condena que recibiera por ello tardara en aparecer.

Besos Prohibidos

Cállame con miles de reproducciones de aquel beso que fui capaz de robar a tu alma virgen.

Deja que toda mi sed de besos prohibidos sea satisfecha por la dulzura de tus labios.

Diosa, permíteme volver a quitar su santidad y crear una nube de pecado que sea capaz de envolvernos por siempre.

Permíteme no solo conocer la corta distancia que me separa de tu templo,

Baja tus fronteras de mí y déjame conocer cada centímetro de tu piel,

Hasta aquel que nunca ha sido tocado por los rayos del sol.

Porque no me importa pecar si se trata de ti.

Solo déjame saber si aquellos besos prohibidos que me atreví a quitarte,

No son solo eso y pueden convertirse en besos llenos de amor.

Pétalos Arrancados

Las semanas pasaban y la culpa crecía en mí como una enredadera llena de veneno que atravesaba mi corazón .

Desde aquel beso, Caitlin había vuelto a ser aquella chica asustada que alguna vez fue.

La culpa por ser la culpable de aquel robo de la vida que había hecho contra aquella chica, me carcomía cada mañana y tarde donde aquella castaña volvía a ser una suave sombra que se movía con delicadeza frente a cualquier trabajo que la mandase a realizar.

Aquel sentimiento llegó a invadir mi cuerpo de una manera tan poco natural que no había noche que no llorara por haber arruinado aquel momento y aunque mi corazón admitía la culpa de haber quitado la virginidad a aquellos labios seductores, mis labios no se arrepentían del sabor tan dulzón que su boca dejó en mí.

Sus labios eran la muestra de aquel pecado que había visto en ella desde la primera vez que la vi existía, porque aquel par de labios eran completamente arrebatadores y lograron poner a sus pies todos mis sentidos en tan solo unos segundos de roce.

Mis ojos se deleitaron con gozo esperando que aquellos labios tan únicos e incomparables no pusieran resistencia frente a los míos que los deseaban desde hace tanto tiempo.

Sin embargo, éstos no tardaron en salirse de aquella magia que se había creado en aquel local y dudosos de lo que habían hecho solo ignoraron a la castaña, porque comenzaban a observar cómo la culpa florecía.

Caitlin no dijo nada al respecto y yo sabía que ella tenía razones para no hablar sobre ello, ya le bastaba tener un niño de extraña procedencia como para hacer caso a los sentimientos ocultos de una loca que más encima era su jefa .

La razón apoyaba en todos los sentidos el silencio que había adquirido frente a lo que pasó aquella noche, pero mi locura me pedía que hablara sobre ello, me pedía a gritos que confirmara la sonrisa que había visto salir de los labios al despegarse de los míos .

No obstante, la timidez me ganó en aquel campo de batalla y jamás me atreví a preguntarle por ello.

Cosa que tampoco fue tan necesaria cuándo un día de la mitad del otoño, Caitlin no necesitó hablar para ver como sus pétalos de inocencia y celibato eran arrancados, mientras volvía a posar sus labios sobre los míos en una sincronía que jamás hubiera esperado de su parte.

Pero eso solo lo hizo más mágico e irreal.

Miradas Ocultas

Entre miradas ocultas de la vista de todo el mundo, pero que significaban más que mil palabras para nosotras, comenzamos a vivir Caitlin y yo.

Pequeños gestos nos unían entre un mar de caricias que solo nosotras podíamos entender.

Un mar que la gente se atrevía a destruir entre historias de pecados y cientos de mandamientos que nosotras nos atrevíamos a no darle la relevancia que todo el mundo creía que tenían.

Ya no necesitábamos salir para saber que era el aire, porque aquel pequeño mundo que habíamos construidos en un pequeño local lleno de telas era suficiente para nosotras.

De a poco aquellas capas que cubrían a aquella castaña, dejaron de estar presentes y si antes eran capaces de mostrar a una diosa en su santuario, la desnudez de su alma era capaz de mostrarme el mayor acontecimiento que el cielo podía ofrecerme.

Los cientos de secretos que nos inundaban dejaron de ser tan importantes y el cálido roce entre nuestros cuerpos que se juntaban como si jamás quisiesen separarse comenzaba a tomar protagonismo.

Ya nada era importante cuando nuestros labios, tal rocío se encargaban de pintar aquel majestuoso jardín que habíamos creado entre nuestros pechos y nuestras caderas.

Invierno

El invierno se mostraba inhóspito entre las capas de sedosa blanca nieve que podías encontrar en cualquier rincón del pueblo.

Mientras que a los ojos del todo el mundo, el frío estaba coronándose en las casas de todo el pueblo.

En aquel pequeño local, Caitlin y yo vivíamos el verano que nuestras almas tanto habían deseado desde que nacieron y ahora que finalmente estaban juntas no deseaban que la otra desapareciera de su vida.

El invierno había llegado, pero no a depositar su desesperanzador color grisáceo sino que había llegado para ofrecer una gama de colores que ninguna de las dos conocíamos y estábamos deseosas de comenzar a utilizar.

Confesiones

Caitlin seguía arrendando ese pequeño cuarto del hostel que había sido su único refugio durante todo este tiempo.

A pesar de que le había ofrecido quedarse en mi casa, ella no deseaba que nuestra relación secreta fuera el bocadillo de todos los rumores y yo respetaba su decisión, aunque aquella pasión que había creado aquella piel tostada era mi mayor condena.

No poder ser capaz de tocar su delicado cuerpo siempre que quisiera era mi mayor tormento.

Y no poder tomar ni siquiera su mano cuando salíamos de nuestro mundo era mi peor pesadilla.

No obstante, todas esas inseguridades se iban volando cuando nuestros labios se encontraban como dos conocidos que se necesitaban para poder existir.

Tenerla a ella era una locura, sin embargo, podía arriesgar mi estadía perpetua en un manicomio solo para sentir sus manos sobre mi piel pálida y sentir sus besos en lo más profundo de mi ser.

—Eres tan hermosa mi sol —le dije mientras depositaba mis labios en su cuello, él cuál había tenido ya varias señas de como mis labios eran los únicos gobernantes de aquel territorio.

Caitlin me regaló una sonrisa tierna mientras acomodaba su rostro sobre mi pecho desnudo.

Aquella imagen me parecía tan irreal que no había día en que no viviera con el temor de levantarme y saber que solo fue un sueño, un hermoso invento de mi mente.

—No tanto como mi luna —respondió mientras sus dedos curiosos jugaban con zonas de mi cuerpo que conocían a la perfección.

Sus cabellos castaños rozaban en mi piel haciendo que ésta se erizara de una manera que nunca había sentido antes. Todo lo que la rodeaba a ella era muestra de que los dioses diseñaban a los humanos, debido a que la naturaleza que cubría a aquella pequeña castaña no podía haber salido sin ser esculpida con anterioridad.

Sus caricias delicadas como si de pétalos de rosas se tratase, se encargaban de hacerme sentir en un mundo de placer indescriptible y en un mar de sentimientos arrebatadores que me hacían pecar incesantemente.

Pero, aquel deleite fue interrumpido cuando mis ojos curiosos volvieron a ver la marca que ella tenía en su muñeca.

Me había acostumbrado a verla siempre tapada, Caitlin odiaba que la viese y aunque nunca hablaba de la razón por la cuál estaba ahí, ambas sabíamos que no podía ser una marca de nacimiento como había afirmado la primera vez que nos conocimos.

No obstante, mis ojos no podían dejar de ver aquel signo de debilidad y querían profundizar en el secreto que había tras ella.

Caitlin no tardó en darse cuenta de aquello y avergonzada apartó de mi vista su marca.

—Yo no quería —respondí arrepentida al notar como ella se había estremecido con mi simple mirada, sin embargo, la chica de cabellos oscuros solo ladeó la cabeza y suspiró cansada mientras volvía a reposar su cabeza sobre mi pecho como si necesitara que alguien la protegiera—. Lo siento mi sol, es que no puedo dejar de pensar en aquella marca que tienes —ella no dijo nada, pero pude notar cómo apartaba la mirada de mí y se recostaba dándome la espalda.

—Lo sé —susurró finalmente—. Todos lo hacen cuando la ve —dijo como si aquello fuera recurrente y yo fruncí el ceño ante aquella respuesta—. No es una marca de nacimiento, mi luna —explicó mientras yo no dejaba de ver como sus ojos castaños me veían con dificultad esperando ver mi reacción—. Es la seña de mis demonios.

—No entiendo —respondí sin comprender y Caitlin no tardó en comenzar a lagrimear por aquello mientras yo la abrazaba para que pudiera hablar.

—No eres la primera chica a la cuál he echo pecar —me susurró como si fuera un secreto—. Hubo una chica antes que tú, se llamaba Ariana y nos conocíamos desde que éramos unas niñas, nunca hubo nada más allá que cariño entre nosotras, hasta que la besé —la voz de Caitlin estaba llena de resignación que me dolía escucharla hablar—. Sabía que era una equivocación, pero no pude detener lo inevitable—dijo con una suave sonrisa.

La entendía a la perfección , yo también había vivido lo mismo hace mucho tiempo.

—Y fue hermoso mientras duró, ella no se opuso y tuvimos una relación secreta durante varios meses —un suspiro ahogado me mostró la frustración que había al recordar aquel momento—. Pero todo cambió cuando sus padres se enteraron y la alejaron de mí, ¿sabías que pueden matarte por amar a alguien? —su voz se llenó de sarcasmo y rabia que me llegó como una daga directo a mi corazón.

—Y ¿qué sucedió mi sol? —le pregunté besando su cabello y acercándola más a mí para sentir el ritmo tibio que mostraba su cuerpo.

—Me hicieron esta marca con hierro al rojo vivo para que todos supieran el pecado que acababa de cometer —mis ojos se abrieron horrorizados ante aquella afirmación—. Y me vendieron a un prostíbulo para "**sanar mi enfermedad**".

Aunque ella tenía la seriedad en su rostro, todo mi ser se negaba a aceptar que aquello era posible.

¿Cómo alguien podría atreverse a dañarla de esa manera?, no podía imaginar ni un poco todo el sufrimiento y horror que había tras aquellas palabras así que no dudé en abrazarla aún más.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté entre susurros mientras Caitlin volvía a acomodarse en mi pecho—. ¿Cuánto tiempo sufriste eso? —las palabras no lograban salir de mi garganta.

—Dos años —confesó sin mirarme—. Cuando nació Nathan decidí escapar y supe que tenía que ir a un lugar dónde no había forma de que supieran sobre mí —suspiró con un par de lágrimas que deseaba con todo mi corazón apartar de su rostro, sin embargo, sabía que eso no funcionaría frente a las cientos de heridas que debía tener luego de aquel calvario.

—No puedo creer que los humanos seamos tan horribles —fue lo único que pude decir y ella besó mi frente llena de dulzura—. Lo siento tanto mi sol —algunas lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos, pero ésta vez ella era la que las apartaba de mí.

—Eso fue hace mucho mi luna —afirmó—. Tú también fuiste castigada por amar a una igual —recordé aquello con un dolor que no sentía hace mucho, había sido tan joven como Caitlin cuando descubrimos lo duro que era el mundo—. Sin embargo, ahora te tengo a ti y eso es suficiente para mí —un casto beso salió de sus labios tratando de buscar los míos, el cuál le fue correspondido como debía ser, porque a pesar de todo, ella ya no estaba sola.

Y yo me encargaría de que aquella soledad no volviera a ella nunca más.

Futuro

El mundo estaba comenzando a retomar su curso natural después de un gélido invierno, pero yo hubiera preferido que aquello nunca terminara, ya que la llegada de la primavera significaba que las personas tomaban más atención de cada uno de tus actos.

El invierno nos daba aquella protección de que todo el mundo estaba en su casa tratando de sobrevivir al frío, sin embargo, Caitlin no mostraba ningún tipo de disgusto hacia la llegada pronta de la primavera, porque al parecer era su época favorita.

Ella amaba las flores que se formaban cerca del acantilado y cómo los ríos refrescaban al pueblo con su agua descongelada.

Al parecer Londres no tenía ninguna de esas particularidades que para mí eran cosas que había visto toda mi vida, no obstante, para ella era como si le estuvieran bajando el cielo.

Así fue cómo varias tardes decidimos alejarnos de todo y buscábamos refugio entre el pasto lleno de rocío y las flores tratando de abrir sus capullos frente a la brisa de la primavera.

—Te amo, ¿lo sabes? —le pregunté mientras me abrazaba a su cintura, ya que ambas veíamos como Nathan caminaba curioso frente a todas las flores que se encontraban a su alrededor.

Había cumplido hace poco un año y hace unas semanas había podido ponerse de pie sin ayuda de ninguna de nosotras, de a poco su caminar estaba mejorando y ya no se tambaleaba tanto, llegando a caminar una docena de pasos sin caerse.

Nathan crecía a una velocidad increíble y aunque me encantaría decir que se parecía a Caitlin, ellos dos solo se parecían en el cabello, pero de ahí eran como el agua y el aceite.

Pero, no había nadie a quién amara más aquella castaña que aquel bebé.

—Lo sé mi luna —dijo depositando un beso en mi mejilla para luego devolver la vista a Nathan, quien estaba tomando las bellotas que caían de los árboles.

—Es tan lindo como tú —le respondí acariciando con la yemas de mis

dedos sus brazos mientras no me cansaba de besar sus hombros.

Caitlin arrugó la nariz de una forma tan tierna que solo ella podía hacer.

—Él tiene a una gran mamá —suspiré recordando lo que me había dicho aquella noche.

Aún me costaba creer todos los recuerdos dolorosos que debían estar detrás de aquellos ojos castaños.

—No soy la gran cosa, me encantaría poder ofrecerle una vida normal —contestó sin despegar la mirada en Nathan.

En ese momento pude ser consciente de que el gran dolor de Caitlin no era tanto su pasado, sino el futuro el cuál a sus ojos no existía.

Sin embargo, yo estaba deseosa de mostrarle todo lo contrario.

Miedos

Su respiración entrecortada y lo frío que estaba su cuerpo entre mis brazos fueron la razón por la cuál Morfeo dejó de sumergirme en mi sueño y me hizo levantarme extrañada por lo que estaba sucediendo.

Abrí mis párpados con dificultad y pude notar cómo Caitlin ocultaba su rostro en mi pecho, pero no como lo hacía normalmente sino como si el miedo la invadiera y no quisiera soltarme jamás.

—¿Mi sol? —dije extrañada de verla de esa forma.

Mis manos apartaron los mechones que le ocultaban su rostro y pude notar que estaba sollozando en silencio mientras sus lágrimas no querían salir.

—¿Qué sucede Caitlin? —pregunté preocupada de verla en aquel estado, sin embargo, no obtuve respuesta de su parte, ya que ella siguió empujando su rostro hacia mi pecho y comenzaba a sudar,, inconsciente de que yo estaba a su lado en cada momento, hasta que por fin abrió sus ojos mostrando la persecución de todos sus miedos.

Yo no dudé en abrazarla más sobre mí tratando de crear un escudo protector contra aquellos demonios que tanto la atormentaban.

—Lauren —dijo más como pregunta que para llamarme y yo asentí mientras mis manos se envolvían en su cabello tratando de calmarla—. ¿Eres tú? —aquella pregunta susurrada me destrozó completamente, no obstante, no dejé de darle todo mi cariño.

—Aquí estoy Cat—respondí mientras besaba su frente—. Nada te va a pasar mientras yo este aquí —le afirmé y ella suspiró frente a mi intento de calmarla.

—Nunca me habías dicho Cat— contestó y yo sonreí porque no me había fijado en aquello—. Me gusta—susurró finalmente dándome un beso en la mejilla.

—A mi me gustas tú —le confirmé—.¿Quieres hablar? —ella suspiró ante mi pregunta por lo cuál pensé que no me respondería y trataría de volver a dormir, pero cuando escuché un tímido **sí** salir de su boca, me acomodé en la cama para poder escuchar mejor lo que ella quería decirme.

—Recordaba cómo me hicieron la marca —dijo mientras dio un vistazo rápido a su muñeca la cuál siempre iba a mostrar aquel triángulo invertido—. Aún puedo sentir cómo mi piel ardía entre medio del metal —un par de lágrimas comenzaron a bajar de sus ojos y yo las sequé con mi pulgar—. Quisiera poder olvidar aquel momento, es una marca horrible —aseguró y yo no me resistí en tomar su mano y besar el lugar dónde se encontraba aquella marca.

Jamás me había atrevido a acercarme a ella, ya que Caitlin odiaba que la viera, pero a pesar de todo el dolor que invadía aquel pedazo de piel, yo lo amaba al igual que cada centímetro de ella.

—No es horrible —le susurré al oído y ella me miraba sin comprender—. Esa marca demuestra que eres superior a muchas personas del mundo que pueden castigar a alguien de esa manera solo por amar a otra persona —suspiré mientras mis dedos tocaban las señas marcadas que habían dejado en su piel tener un metal caliente—. Para mí siempre será la señal de lo valiente que eres por seguir el principal mandato de Dios, "**ámense uno a los otros**"—Cat no me miró en ningún momento pero sabía que por dentro estaba llorando por todo lo que le decía—. Para mí siempre será tu estampa real mi reina —volví a besar aquellas líneas y sabía que mis ojos brillaban con cada cariño que le hacía a aquella zona, porque yo solo lo veía como la confirmación de que ella podía ser capaz de amar sin sentir miedo a nada.

Sueños

Estar con Caitlin era como una bendición de los dioses a mi vida.

Ella no solo era hermosa, inteligente y la persona más dulce que he podido conocer.

Sino que también era la más valiente y me alegraba de que cada día tratara de luchar contra sus demonios de una forma que no dejaba de sorprenderme, debido a que de a poco ella estaba comenzando a dejar atrás aquellos miedos y se mostraba como la persona que alguna vez fue.

—¿Nunca has pensado irte de aquí? —me preguntó mientras recogía algunas de las flores violetas que crecían al lado del acantilado y yo llevaba a Nathan en mis brazos, porque se había quedado dormido después de correr por todo el bosque.

—Lo hice —respondí recordando cuando pensaba que el mundo era un eterno verano y todas las cosas podían ser posibles—. Pero de a poco aquella idea fue destruida por la realidad —sus ojos castaños me miraban con dulzura y ella no dudó en besar mi mejilla—. Sin embargo, agradezco no haberme ido, porque sino no te hubiera conocido —ambas sonreímos ante aquella idea y con un beso que solo nosotras dos y la naturaleza pudieron ver, sellábamos nuestro amor.

—Nathan te ama —comentó cambiando el tema, yo asentí mientras acariciaba los rulos castaños que estaban comenzando a crecerle, yo también lo amaba mucho y como no hacerlo si era tan adorable como su madre.

—¿Cat?—pregunté para llamar su atención y ella me miró con su sonrisa que seguía alumbrando en cualquier lugar que nos encontráramos—. No quiero ocultarme más, quiero ser capaz de demostrarte mi amor frente a todo el mundo y mi mayor sueño es que tú y Nathan sean parte de mi vida para siempre —le confesé suspirando ante las miles de ideas y palabras atragantadas que no había sido capaz de decirle nunca.

Caitlin se acercó a mí y sin dudarlo me besó en uno de los roces más candentes y puros que he tenido de sus labios y con una sonrisa posó su mano en mi mejilla.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas frente aquella declaración. pero

no eran de las que había visto anteriormente en sus pesadillas sino que eran lágrimas que con facilidad podían confundirse con cristales que refractaban colores.

El brillo tan hermoso que adquirían sus ojos castaños eran combinados con una hermosa sonrisa.

—¿Crees que algún día esto no sea un pecado? —me preguntó inocentemente y yo negué con la cabeza.

—Si es un pecado amar a la chica más hermosa, entonces tendré que condenarme a las puertas del infierno, debido a que no dejaré de hacerlo mientras siga con vida —respondí con una sonrisa y ella asintió.

—Es un bonito sueño mi luna —me dijo con cierta melancolía en su voz—. Pero el mundo no entiende lo que nosotras dos sentimos y nunca lo entenderá —fue en ese momento donde vi cómo la desesperanza crecía en ella y no podía culparla de aquello.

Ella mejor que nadie sabía lo que era creer en un amor puro y que la vida se lo arrebatara sin más al igual que todos sus sueños.

Visitas Inesperadas

Mi parte favorita del día eran las horas que Caitlin, Nathan y yo nos perdíamos en mi local.

Esto era respaldado con el hecho de que estos meses eran dónde menos personas se veía en las calles, el trabajo era casi inexistente y podía disfrutarlos sin tener que ocultarme.

—¿Dónde está Nathan? —pregunté con la voz que siempre ponía cuando le hablaba a aquel castaño y me ocupaba de tapar mi rostro entre mis manos haciendo como sino pudiera verlo—. Aquí está —respondí consiguiendo que él riera y pidiera con sus manitos que lo tomara en brazos mientras Caitlin terminaba los últimos detalles del único pedido que habíamos tenido en la semana—. ¿Vamos por mami? —le dije mientras le acariciaba el cabello y él asintió moviéndose entre mis brazos para que lo dejara caminar, así que eso hice y vi cómo caminaba sin dificultad hacia la mesa dónde estaba Caitlin terminando un trabajo.

Al llegar a los pies de la castaña, Nathan comenzó a tirar de la falda de su vestido para que lo viera y ella dejó su trabajo para verlo con una sonrisa mientras lo alzaba a sus piernas.

—¿Extrañabas a mami? —le preguntó mientras peñizcaba con dulzura las mejillas sonrosadas del niño—. ¿Tú también me extrañabas? —dijo alzando la vista hacia mí y yo asentí como una niña pequeña para acercarme a ella y besarla—. Yo también lo hacía —respondió rompiendo aquel beso.

—¿Has terminado? —le pregunté mientras veía el vestido.

—Aún me faltan algunos detalles, pero ¿qué dices jefa?—sonreí y tomé el vestido para ver los detalles de los que me hablaba Cat, sus puntadas estaban tomando profesionalidad mientras más pasaba el tiempo y tenía que aceptar que era muy buena en esto.

—Creo que está quedando mejor que el boceto —dije besando su cabello—. Buen trabajo cielo.

Antes de que pudiéramos decir algo más, ambas escuchamos el sonido de como sonaba la puerta de la entrada y Cat se me adelantó parándose para ver

quién era mientras me pasaba al pequeño castaño, quien no tardó en jugar con mi cabello y golpear con sus manos mis mejillas.

—Quisiera ver a Lauren —mi corazón se detuvo ante esas palabras, ya que podía reconocer aquella voz hasta en el fin del mundo.

Era mi madre.

No obstante, aquella voz no me preparó para lo que pasaría al darme vuelta y verla parada al frente mío con el cabello castaño que no veía hace tanto tiempo y aquellos ojos amenazadores presentes en mí y que me inspeccionaban buscando aprobación.

—Madre —fue lo único que mi boca pudo decir, mientras Caitlin veía aquella escena frunciendo el ceño, porque seguramente ella había entrado sin permiso previo.

—Es un gusto verte, Lauren —me dijo mientras desviaba la mirada hacia Nathan quién aún seguía jugando con mi cabello—. ¿Es tuyo?— preguntó ya que llevaba sin ver a mi madre desde aquella tarde en la iglesia dónde no le había importado condenarme a esta vida—. Es muy lindo — respondió mientras se acercaba a él.

—No, es de Caitlin —dije rápidamente mientras Cat se acercaba para tomar a Nathan entre sus brazos y fulminaba con la mirada a mi madre.

La conocía tan bien que sabía que aquello significaba que no le daba confianza.

—Ya veo —se limitó a decir mientras veía con desaprobación a la castaña y aquel gesto hizo que mi cólera comenzara a invadirme, porque ella no la conocía. , no podía juzgarla, pero aún así lo hacía—¿Podemos hablar en privado? —me preguntó tomándome por sorpresa.

Suspiré y asentí mientras veía cómo Cat me miraba enojada por no decirle nada a mi madre.

—¿Caitlin podrías darnos unos minutos a solas? —le solicité y ella no dijo nada mientras salía de la habitación con su hijo y el ceño fruncido—. ¿Puedo saber qué desea? —pregunté cansada y ella acarició mi mejilla como cuándo era una niña y necesitaba de un poco de afecto, esto me desestabilizó emocionalmente ya que no pude entender aquel gesto .

La última vez que la había visto solo había resignación y vergüenza porque yo fuera su hija, y aunque aquello solo me hacía desconfiar aún más de lo que estaba pasando en este momento, no podía negar que me dejé llevar por aquel cariño que no sentía hace mucho de su parte.

—¿Acaso está mal que una madre visite a su hija? —respondió mientras

se arreglaba la falda del vestido yo negué ante su respuesta.

—Pensé que había dejado de serlo hace mucho —contesté tratando de contener la rabia que me invadía por recordar aquellos momentos en dónde no hice nada más que querer a alguien y ser feliz con ella, pero mi madre se encargó de destruir aquellos sueños infantiles—. ¿Necesita un vestido? —pregunté sin mirarla, debido a que sabía que si seguía viendo su rostro, no tardaría en llorar.

—Al parecer te va muy bien —dijo cambiando el tema mientras sus ojos recorrían cada rincón del lugar—. Y aquella chica, ¿no es Caitlin Connor? —asentí extrañada frente a su pregunta.

—Lo es, es mi... —tragué saliva ante la idea de gritarle quién era realmente ella en mi vida, no obstante, no lo hice—. Mi compañera de trabajo, es muy buena en lo que hace —respondí tratando de ser lo más cortante posible y no hablar demás acerca de ella, ya me bastaba con la mirada de desaprobación que había provocado sin conocerla.

—No pensé que caerías tan bajo —me dijo decepcionada y yo fruncí el ceño ante aquella respuesta—. Ella es una pecadora en todos los sentidos, Lauren —gritó exaltada sin importarle el hecho de que Caitlin estaba en el mismo lugar aunque a unos metros de distancia.

El cólera volvió a invadirme y tuve que reprimir mi furia por aquellas palabras cerrando mis puños.

—Todo el mundo rumorea sobre su extraña procedencia, sobre el hecho de que nunca va a la iglesia y la extraña relación que solo tiene contigo —respondió con seriedad—, además de aquel niño que también debe tener una procedencia poco cristiana.

—Caitlin es la chica más especial que he conocido —contesté defendiéndola—. Y vale mucho más que muchas personas de este pueblo que se atreven a criticarla —mi madre me veía sorprendida sin entender mi reacción—. Y sí tendrá un hijo, el cuál adora como a nadie y es un ejemplo espectacular de madre no como algunas —le refuté—, y también no irá a la iglesia, pero en su alma hay más pureza que muchos fieles peregrinos que conozco —mi madre no dejaba de mirarme con el ceño fruncido por estar defendiendo a Caitlin—. Y la amo —respondí finalizando la conversación.

Ese fue el último día que vi a mi madre en toda mi vida y la verdad no me arrepentía de aquello, ya que ella había dejado de ser alguien importante aquella tarde de invierno dónde me había vendido a una vida que no deseaba.

Ofrenda

Te ofrezco mi corazón como pago a la profanación de tu santuario.

Te ofrezco mi vida para que la llenes de los cientos de colores que le fueron arrebatados en un tiempo pasado.

Te ofrezco mi pasado para que a través de tus caricias y tus besos logres quitar cualquier rasgo que queda aún de un corazón roto.

Te ofrezco mi palabra de honor que haré que mi vida finita sea suficiente para que el verano nunca deje tus curvas dibujadas por los dioses.

Te ofrezco mi cuerpo para que sea siempre tu escudo protector del mundo.

Te ofrezco mi presente para que te encargues de llenarlo en abundancia de riquezas con el simple hecho de estar a tu lado.

Te ofrezco la llave de mi alma para que seas la única dueña de aquel lugar tan recóndito de mi ser.

Finalmente te ofrezco mi futuro, porque sé que no habrá fuerza capaz de separar nuestros destinos.

Por Siempre

El verano estaba siendo marcado por el calendario y por el buen tiempo como todos los años, sin embargo, desde que Caitlin había aparecido en mi vida, todos los días me parecían distintos y tenían aquella oportunidad de ser únicos entre todos los que llevaba de vida.

Hoy se cumplía un año desde que aquella castaña había aparecido en mi local pidiendo empleo y no sólo eso se celebraba hoy sino que también el comienzo de una nueva vida, una en dónde ella y Nathan eran la luz de mis ojos.

—Lo —el grito entusiasmado de Nathan hizo que una sonrisa invadiera mis labios.

Llevaba varias semanas tratando de hablar y su vocabulario se limitaba a monosílabas como Ma, Lo y otras palabras que no lograba entender, pero al parecer Caitlin lo hacía a la perfección, porque entendía a la primera lo que él quería decir.

Me acerqué al pequeño castaño, quien estaba en el suelo jugando con el viejo conejo afelpado que tenía desde que habían llegado, Cat había salido a dejar unos recados así que no tardaría en llegar.

—¿Qué sucede peque? —le pregunté mientras lo ayudaba a pararse y él se abrazaba a mis piernas pidiendo con sus manitas que lo tomara—. ¿Quieres estar con Lo? —volví a preguntarle y él rió mientras yo lo tomaba en brazos besando su cabello—. Vale, ya entendí, extrañamos a mami, ¿cierto?.

Nathan no dijo nada y acomodó su cabecita en mi hombro mientras no dejaba de mover el peluche de un lado a otro, me quedé embobada con el juego que llevaba él hasta que escuché como entraban al local así que me di vuelta para encontrarme con la linda morena que ocupaba mis pensamientos todos los días con un vestido de seda rosa y con una sonrisa en su rostro que rápidamente fue socavada por un beso.

—Te extrañaba, mi luna —contestó acariciando mi mejilla y dándole un beso a Nathan—. Y a ti también mi príncipe —el pequeño comenzó a gritar alegre mientras pedía a Caitlin que lo tomase.

—Ma —gritaba Nathan mientras yo se lo pasaba a Cat.

Ella no tardó en sujetarlo y me veía con aquella mirada que siempre ponía cuando estaba emocionada por decirme algo.

—¿Qué sucede? —le pregunté entre risas al ver su reacción.

—Te tengo una sorpresa, cierra los ojos — respondió rápidamente mientras se acercaba a mí para ponerse a mis espaldas, yo la veía sorprendida, pero ella no dejaba de sonreír como una niña pequeña—. Hoy lo he encontrado en el mercado y me ha parecido hermoso —me contestó mientras yo fruncía el ceño al no entender a que se refería.

Hasta que sentí como sus manos tocaban mi cuello y posicionaba algo en él, bajé la mirada hacia el collar dorado que ahora colgaba en mi cuello y que tenía una pequeña luna en él.

Era simplemente hermoso.

—Es precioso —contesté mientras mis dedos no dejaban de verlo—, pero se ve muy costoso, no tenías que hacerlo amor —Caitlin bufó y tomó mi mano para que quedara frente a ella.

—No me importa —respondió con una sonrisa—. ¿Te ha gustado?— asentí emocionada mientras volvía a besarla en forma de agradecimiento—. eres mi princesa Lauren , te tengo que tratar como una ¿no? —sonreí ante aquello y volví a invadir sus labios contra los míos.

—Tú eres mi diosa —dije con una sonrisa en mis labios—. Y te amaré por siempre.

Mi mano se posicionó en su mejilla para acariciarla dulcemente y Caitlin cerró los ojos ante mi tacto, se veía tan hermosa de esa manera que no dudé en robarle un pequeño beso de sus labios que me incitaban a pecar una y otra vez.

—¿Por siempre? —preguntó.

—Por siempre y para siempre —le aseguré porque no podía ver mi vida más allá de aquellos ojos castaños.

Nueva Vida

La idea de que Caitlin iba a estar en mi vida siempre me atormentaba, ya que aunque había sido el mejor año de mi vida, sabía que las personas no tardarían en darse cuenta de lo que pasaba entre nosotras y a pesar de que a mi no me importaba gritarle al mundo mi amor hacia aquella castaña, también era consciente que ella prefería el silencio y no mostrar sospechas frente a lo que sentíamos.

Mi madre por suerte no había hecho que aquellos rumores de que estábamos juntas se confirmasen, era lo único que le agradecía en mi vida además de darme aquella pasión descontrolada hacia las telas.

—Cat —le dije mientras ella jugaba con mi cabello negro en la cama.

Ella alzó sus ojos castaños para mirarme con toda la atención del mundo y yo no dudé en besar su frente.

—Te amo—respondí con una sonrisa y ella asintió como si fuera lo más obvio del universo—. Y por eso, es que quiero irme de aquí—comenté finalmente y ella me miró con confusión como sino supiera a lo que me refería, pero yo ya lo había pensado hace mucho—. He estado ahorrando un poco para comprar una casa en un lugar lejano donde podamos amarnos sin tener miedo —contesté besando su mano—. Quiero que nadie nos mire con asco por amarnos, deseo gritarle al mundo que te amo Caitlin Connor y sé que en este pueblo si alguien lo descubre solo será nuestra condena—. Quiero tantas cosas y todas ellas, son contigo y Nathan —le susurré mientras ella meditaba sobre lo que le estaba diciendo.

—No sé si aquel lugar que tanto deseas exista, mi luna —dijo con dolor—. Pero yo tampoco quiero que lo nuestro acabe, mi mayor miedo es perderte a ti o a Nathan —contestó sollozando y yo traté de calmarla—. Te amo, pero sé que nadie va a aceptar lo nuestro.

Me acerqué a ella para ubicar su rostro en mi pecho y secar sus lágrimas.

Entendía su miedo, entendía cómo se sentía, pero me parecía imposible que no pudiéramos tener una vida normal juntas como todas las personas.

¿Cómo el destino podía unir a dos almas y no dejar que vivieran por siempre juntas?, me parecía tan irreal.

—Podemos crear nuestros propios camino, mi sol —le dije con una sonrisa—. Podemos viajar y conocer todas las partes del mundo hasta encontrar aquel lugar que se convierta en nuestro hogar. No me importa dónde sea, yo solo quiero tener una vida contigo, una nueva; lejos de todo lo malo que nos ha pasado —tomé su barbilla y la alcé para ver aquellos mares achocolatados que con solo mirarme eran capaces de quitarme el aire del cuerpo.

Estaba deseosa de conseguir aquella nueva vida a su lado, sin embargo, a través de aquella mirada pude notar que Caitlin tenía miedo de encontrarla.

No Me Importa

No me importa tener que cruzar océanos para poder encontrar las olas de tu cabello en mi almohada.

No me importa tener que viajar a los rincones más recónditos del mundo solo para encontrar tu sonrisa perlada.

No me importa luchar cientos de batallas sangrientas solo para tener como recompensa el susurro de tus palabras en la mañana.

No me importa tener que hacer un voto de silencio toda mi vida, si con ello seré capaz de tenerte siempre a mi lado.

No me importa lo que las personas digan sobre nosotras, porque si esto es un pecado, prefiero quemarme en las llamas del infierno que no estar junto a ti.

Puedo ser capaz de aprender a utilizar una espada, si aquella cruzada fuera capaz de asegurarme tu corazón.

No me importa tener que dar mi corazón como sacrificio para sentir tus manos rozar mi piel.

Realmente nada me importa, porque cualquier cosa es mínima si se trata de luchar por ti.

Mi diosa.

Permíteme

Permíteme que el sol deje de tocar tu piel y que mis manos se conviertan en las únicas dueñas de aquel territorio.

Permíteme que mis besos te lleven al paraíso y aún así sean la razón del porque vivimos en el mayor pecado posible.

Permíteme quitarte el sueño con mis caricias y mis palabras que siempre serán solo para ti.

Permíteme que la luna invada tus paisajes y que dibuje en ti la sonrisa más grande del universo.

Permíteme ser aquella por quién suspiras y que tus palabras se vuelven sin sentido.

Permíteme tocarte de una manera que nadie más a hecho y dame la oportunidad de que seas recíproca a ello.

Permíteme calmar tus pesadillas entre mis brazos y que tu pasado sean solo recuerdos al viento.

Permíteme robar tu corazón y guárdalo como el tesoro más preciado que tendré jamás.

Permíteme creer que esto no es solo un lindo sueño sino que también puede ser mi realidad, mi pasado y mi futuro.

Final

Los llantos de Nathan hicieron que mis párpados se abrieran y que mi cuerpo aún cansado se dirigiera hacia su habitación.

Estaba acostumbrada a ir por él cada vez que se levantaba en la noche, porque no me gustaba molestar el sueño de Cat, sin embargo, ella con un año de experiencia a sus espaldas, siempre se levantaba antes y cuando lograba llegar; la encontraba sentada en la mecedora haciendo dormir a su bebé, quien rápidamente volvía a dormirse como si su sueño no hubiera sido perturbado.

Pero esta vez ella no estaba ahí lo cuál me extrañó, no obstante, me acerqué a la cuna de Nathan para tomarlo entre mis brazos y volverlo a dormir.

—Mami no vino hoy por ti ¿eh? —le susurré mientras lo movía de un lado a otro besando su cabello—. Tranquilo, solo fue un mal sueño —le dije acomodándolo entre mis brazos.

Estuvimos un par de minutos así, mientras Nathan se calmaba de a poco y dejaba de llorar para ubicar su cabeza en mi pecho como Caitlin lo hacía todas las noches desde que dormíamos juntas.

—Estamos mejor ¿cierto? —no obtuve respuesta de él, pero obtuve un bostezo de su parte y que se durmiera entre mis brazos.

Lo mecí un poco más para asegurarme de que él no se levantaría para así al dejarlo en la cuna podría volver a la cama con la seguridad de no tener que levantarme nuevamente.

Sin embargo, cuando abrí sus mantas para acostarlo, me di cuenta de un pequeño sobre blanco el cuál tomé con miedo, tal vez imaginando que habría en él.

Dejé al pequeño, quien yacía dormido en su cuna como si nada hubiera pasado, tomé la carta y fui hacia mi habitación dónde debía estar Cat, pero cuando entré a él me di cuenta que ella no estaba.

Abrí la carta con rapidez, sin importarme qué estaba escrito en el sobre.

La letra de Caitlin era inconfundible y sin leerla, las lágrimas amenazaban con salir, no obstante, traté de ser fuerte para lograr entender lo

que estaba pasando.

Para mi amada Luna

Sé que cuando leas esto ya no estaré junto a ti y que me odiarás por lo que acabo de hacer.

Sin embargo, antes que todo, quiero recordarte que tú y Nathan son las personas que más amo en la vida y seguramente son las dos personas que seguiré amando a pesar de que el tiempo pase.

Ese amor es el que me impulsó a irme.

Nathan y tú merecen ser felices sin ser parte del pecado que cometí hace tiempo atrás, las secuelas de aquello aún me persiguen.

Creí que todo terminaría cuando decidiera irme a un lugar lejano como lo fue este pueblo, pero esta marca que tengo impregnada nunca me dejará y siempre será el recordatorio de cuán grande son mis demonios y la condena que tengo en esta y la vida después de la muerte.

Por eso he decidido irme, quiero ofrecerle a Nathan una vida normal, dónde no sea reconocido por mis errores y que viva como un chico feliz, lo cual sé que tú, mi luna más querida, se lo vas a ofrecer.

A mi pequeño bebé: *No sé si tendré la oportunidad de volver a verte, sin embargo, quiero que sepas que siempre serás el único hombre en mi corazón.*

Tú me devolviste la esperanza de que la vida debía ser vivida y por ti sería capaz de ir hasta a los mismos infiernos sin importar nada. Quiero que nunca olvides que te amo más que a mi propia vida, siempre ha sido así y siempre lo será.

A pesar de que no estaré junto a ti, no tienes que tener miedo jamás ,porque vas a tener a tu lado a la chica más hermosa, cariñosa, valiente e inteligente que he conocido en mi vida.

Ella te enseñara todo lo que yo no sería capaz y sé que lo hará mejor que nadie.

Te ama por siempre, mamá.

***A mi Luna:** Mi querida diosa, eres lo más bello que mis pecados han podido traerme, no sabes cuánto me duele escribir estas palabras así que seré precisa y breve.*

No habrá día en que todo mi cuerpo te desee y que mi mente solo pueda pensar en como se siente estar entre tus brazos, pero cada vez que mi corazón llora por mi soledad, veré el cielo que ambas compartimos y te buscaré entre mis recuerdos.

Te amé desde la primera vez que me robaste aquel beso.

Te amo como a nadie.

Y puedo asegurarte que te amaré por siempre.

Con amor, tu sol .

Pd: Prometo que algún día tendremos nuestro eclipse.

No sé en que momento mis piernas cedieron a aquello y me dejé caer en el frío piso de la habitación. Las lágrimas me envolvían en una incesante lluvia de mi corazón mientras que ninguna palabra se podía ajustar al hecho de que mi alma se partía de una manera que jamás había hecho.

Epílogo

New Britain, verano de 1869

El verano estaba comenzando a hacer presencia como todos los años lo hacía en esta fecha.

Ya se podía ver a las personas más animadas por haber sobrevivido uno de los inviernos más fríos que se haya visto en el pueblo, las cosechas estaban dando frutos a cantidades nunca vistas y las flores tomaban el protagonismo en cada calle que se pisara.

A pesar de eso, el calor seguía siendo insoportable y era inevitable recordar al calor del verano que había conocido a Caitlin.

Habían pasado cinco años desde que ella se había ido, no obstante, aún seguía doliendo como una herida latente que nunca dejaba de sangrar en mi corazón.

Ella se había ido, quizás para siempre, pero su presencia aún seguía en mí en cada segundo de mi vida, especialmente por el hecho de que Nathan ocupaba su lugar a mi lado.

De cabellos castaños y rizos que le daban un aspecto tan infantil, él estaba a punto de cumplir siete años y podía asegurar que Caitlin adoraría verlo en este momento como yo lo hacía cada día que me levantaba a su lado.

—Más rápido mami —me dijo mientras jalaba de mi mano para llegar más rápido al puesto de golosinas que había cerca de la estación de trenes.

Hoy me había acompañado a hacer unas compras y como siempre, deseaba que lo recompensase por aquella tarea con golosinas que solo vendían en aquella tienda.

—Tranquilo Nathan, ya estamos casi llegando —respondí riendo por la emoción que lo envolvía por comer aquellos dulces.

La verdad es que no entendía cómo no se aburría de comerlos casi todos los días y cómo lograba tener siempre esa emoción a pesar de que conocía a la perfección el sabor de esas golosinas en su boca.

En menos de cinco minutos llegamos a la susodicha tienda y Nathan no dejaba de saltar frente al mostrador mostrándome los dulces rojos que a él tanto le encantaban.

Sonreí ante ello y cuando el vendedor le dio su bolsa llena de bolitas rojas; él al fin se sintió satisfecho y no dudó en sentarse en uno de los asientos que estaban frente al lugar dónde las personas desembarcaban de los trenes.

Todas las tardes veníamos a este mismo lugar en el mismo horario, tal vez porque mi corazón deseaba que aquella castaña volviera a aparecer de la misma forma sorpresiva que lo hizo hace tiempo atrás o tal vez era por el simple hecho de que me relajaba sentir como las personas iban y venían de todas partes en aquellos trenes que jamás había utilizado en mi vida, pero que aún así los admiraba con una sonrisa todos los días.

Las personas comenzaron a bajar una por una de los vagones mientras Nathan comía concentrado sus dulces.

—¿Ella se parece a mamá? —me preguntó Nathan mientras veía cómo una castaña bajaba del tren.

Siempre teníamos el mismo juego dónde nos quedábamos a ver como las personas bajaban y él me preguntaba si se parecía a Caitlin o no, creo que él también tenía la esperanza de que ella regresara algún día.

Miré a la chica que Nathan señalaba, tenía la piel morena, el cabello castaño pero sus ojos azules mostraban que no era Cat.

Sinceramente tampoco me hizo sentir mal aquello, porque nunca era ella la chica que aparecía en la estación.

—Ella tiene los ojos azules, amor—le contesté quitándole uno de sus dulces—. Cat los tenía castaños.

Nathan asintió mientras seguía concentrado en cómo las personas bajaban del tren, yo en cambio solo observaba cómo el entusiasmo de venir todas las tardes se apoderaba de aquel pequeño castaño.

—Mami —me dijo frunciendo el ceño y yo le limpié un poco el desastre que tenía en su boca por comer tantos dulces—. ¿Cómo sabes que mamá regresará? —suspiré ante su pregunta mientras mis brazos lo buscaban para abrazarlo para no llorar por su pregunta.

—Porque ella me lo prometió y las promesas se cumplen —respondí mientras él asentía.

Y cuando ya las puertas se estaban cerrando para darle fin al último recorrido de aquel tren y devolverse al principio de la línea, sucedió algo que

no me esperaba.

—¿Ella se parece a mamá? —me preguntó el pequeño castaño por última vez y yo dirigí mi mirada hacia la última pasajera del tren de aquella tarde.

Ahí estaba una chica con dos maletas, un par de ojos castaños, una sonrisa que tanto extrañaba ver todos los días y una dulce disposición que estaba segura que esta vez se quedaría por siempre conmigo.

Era Caitlin Connor, la chica con los ojos más hermosos que jamás haya visto.